

CAPITULO LXXVII.

Graves trastornos ocurridos en el reino de Aragon.—Desavenencias entre los hijos de D. Jaime.—Sublevacion de los moros de Valencia.—Desdichada suerte que obtuvieron los aragoneses en dos combates.—Efecto que produjeron estas noticias en el ánimo del monarca de Aragon.—Su enfermedad.—Postrer encargo que hace á su hijo D. Pedro.—Muerte del rey D. Jaime.

DESDICHADA fue la suerte de D. Jaime en sus primeros años, y desdichada tambien le alcanzó en los postreros, aun cuando esta el mismo se la habia buscado.

La incontinencia del Monarca, mejor dicho la libertad de costumbres de su tiempo, pues nuestro juicio no puede ser tan severo respecto á él como el de algunos historiadores que por ello le han censurado acremente, la libertad de costumbres de su tiempo, repetimos, habianle dado varios hijos de distintas señoras, hijos que entre sí se hacian una guerra constante y pertinaz, hija de las envidias y rivalidades que entre ellos existian.

Y hemos dicho que nuestro juicio no podia ser tan severo como el de algunos historiadores, no porque dejemos de reprobar el hecho de infidelidad conyugal, que censuramos y censuraremos siempre, sino porque D. Jaime, en esto, no obró ni mas ni menos que como la mayor parte de los monarcas de su tiempo, así que no podemos comprender cómo en él solamente podia encontrarse vituperable lo que en los otros se habia considerado hasta disculpable.

Fuera de esto, ya hemos visto en los anteriores capitulos de nuestra obra que no era la fidelidad conyugal, generalmente la virtud de los monarcas cristianos y las consecuencias de estas faltas, casi siempre habian tenido funestos resultados, tanto para ellos cuanto para sus pueblos.

En Aragon, tras las disensiones promovidas por la malhadada y parcial division que de sus reinos hizo D. Jaime entre su primogénito D. Alfonso y los demás hijos que tuvo de su segunda esposa, disensiones que terminaron con la muerte de aquel príncipe, nuevas y mas graves y de mayor trascendencia, segun dejamos apuntado en uno de nuestros capitulos anteriores, promovieron, D. Pedro el heredero de la corona aragonesa y D. Fernan Sanchez, hijo del rey D. Jaime, habido en una noble dama de la familia de Antillon.

Difficilmente se encontrará en la historia ejemplo de dos hermanos que se odian tan encarnizadamente como estos dos, ni que sostuvieran esta fratricida saña por mas tiempo que ellos la sostuvieron.

Mortal su odio, é insaciable á no ser por la muerte de cualquiera de los dos, en varias ocasiones trataron uno y otro de deshacerse enteramente del contrario recurriendo á todos los medios, sin omitir ni aun el asesinato.

Uno á otro se acusaban recíprocamente; uno de otro presentaban pruebas y testimonios que justificasen los atentados de que eran víctimas este ó aquel, y conmoviendo el reino, pues cada uno tenia su parcialidad, amargaban de un modo terrible los últimos dias del anciano monarca de Aragon.

Hubo momentos en que D. Jaime, escuchando las quejas de don Fernan Sanchez, procuró poner á salvo su existencia amparándole, reprendiendo severamente á D. Pedro y hasta privándole de la lugartenencia del reino que le habia confiado.

Mas cuando llegó á escuchar la gravísima acusacion hecha por D. Pedro, de su hermano, en la cual decia que D. Fernan Sanchez habia tratado de alzarse con el reino y destinar á su padre, para lo cual se habia aliado con Carlos de Anjou, rey de Sicilia, don Jaime reconcilióse con D. Pedro por mediacion del obispo de Valencia, abandonando por completo á D. Fernan Sanchez, lo cual equivalia á condenarle á muerte.

Fácil es conjeturar que en época tan revuelta y siendo tan bullicioso y tornadizo en lo general, el carácter de aquellos magnates, y teniendo reales ó ficticios, motivos de disgusto respecto al trono, no habia de faltar gran número de caballeros que con ánimo de vengar los supuestos ó verdaderos desafueros del monarca, fuésen á acogerse bajo la bandera del rebelde infante.

Bien pronto alzóse este con una respetable hueste.

D. Pedro á su vez, y en virtud de órdenes de su padre, reunia tambien á sus caballeros, pero con harto dolor estaba viendo que cada dia se le marchaban varios de su bando, que le enviaban cartas, bien en son de reto, bien *desnaturándose* de sus reinos y separándose de su servicio.

En estas cartas exponian sus quejas, reducidas por punto general, lo mismo que la de los rebeldes de Castilla, de que ya nos hicimos cargo, á que el Rey quebrantaba los fueros atacando los antiguos usos y costumbres del reino.

La guerra comenzó, que no era posible sostener la paz desde el momento en que se habian levantado los estandartes de rebeldía, y el reino sufrió todos los horrores consiguientes á las civiles luchas.

Convocóse una especie de tribunal compuesto de cuatro preladados y cuatro barones para que estos decidieran lo que en justicia creyeran mas acertado, pero, como era difícil conciliar tan encontrados intereses nada pudieron obtener.

No se conformaron los rebeldes con la decision del jurado; recrudesció la guerra, pues las exigencias de aquellos aumentaron, viéndose obligado el mismo Monarca á ponerse al frente de su hueste y marchar contra el conde de Ampurias, dando orden á su hijo D. Pedro, de proceder con todo rigor contra su hermano don Fernan Sanchez.

Hízolo así D. Pedro y bien pronto vióse cercado su hermano en

el castillo de Pomar sobre la ribera del Cinca, sin tener ninguna esperanza de salvacion.

Puesto en este postrer extremo, procuró huir disfrazado de pastor, pero descubierto por las gentes de su hermano, mandóte este ahogar en el Cinca, sentencia que se ejecutó inmediatamente.

Todavía prosiguió por algun tiempo la guerra que el Monarca estaba haciendo al conde de Ampurias, hasta que finalmente después de haberse tomado castillos y villas, sin llegar á un acuerdo definitivo, pusieronse los rebeldes á disposicion del Monarca bajo condicion de estar á lo que dispusieran las cortes del reino.

Por esta época y con motivo del Concilio general celebrado en Lyon en 1274, que fue uno de los mas numerosos, pasó D. Jaime á aquella poblacion, donde fue recibido con grande afecto por el pontífice Gregorio X.

Sin embargo, toda esta grande amistad con que se trataban tan elevados personajes, entibióse bien pronto á consecuencia de algunas reclamaciones hechas por el Papa á las cuales no creyó prudente acceder el monarca de Aragon, regresando este á sus estados en no mejores disposiciones que en las que poco tiempo después tornó de Belcaire su yerno el rey de Castilla.

Con motivo del fallecimiento del rey de Navarra Enrique I llamado *el Gordo*, renováronse las pretensiones tanto del rey de Castilla como del de Aragon respecto á aquella corona que no tenia mas sucesor que una niña de dos años de edad.

Los navarros hallábanse divididos, no sabiendo por cuál de los dos monarcas decidirse, cuando la viuda, temerosa de los disturbios que habian de promoverse en el reino y de que en ellos corriese peligro la existencia de su tierna hija, llevóla consigo á Francia y poniéndose bajo la proteccion de Felipe, *el Atrevido*, casó este á su hijo primogénito Felipe con la tierna princesa, pasando desde entonces Navarra á formar parte de la corona francesa.

La invasion de los africanos, que en 1275 tantos trastornos promovió en Castilla, tambien los produjo en Aragon.

Acababa D. Pedro de hacer reconocer y jurar como sucesor en aquellos reinos á su hijo Alfonso para cuando falleciesen su abuelo y su padre, y puesto ya en camino para auxiliar al rey castellano, los moros de Valencia, inquietos de suyo, y alentados con la venida de los beni-merines, pusieronse en armas consiguiendo en los primeros momentos enseñorearse de varios castillos.

Púsose al frente de los sublevados aquel mismo Al-Azark, á quien ya en otra ocasion habia perdonado D. Jaime, pero no le fue nada favorable la suerte en esta segunda intentona.

En Alcoy le alcanzaron las tropas aragonesas y allí perdió la vida; pero en cambio á los pocos dias cayeron los cristianos en una emboscada preparada diestramente, y la mayor parte perecieron al filo de las espadas musulmanas.

A esta catástrofe ocurrida en 1276 siguió bien pronto otro nuevo desastre.

Con motivo de hallarse convaleciente todavía D. Jaime de una grave enfermedad, no pudo marchar con la hueste que iba á combatir á los infieles que habian pasado á Luxen.

Los caudillos que llevaba, faltos de direccion en los momentos mas críticos del combate, hicieron que este se perdiera, entregando la mayor parte de ellos la vida.

Con este infortunio recrudesció con doble violencia la enfermedad de que adolecia el Monarca, siendo necesario trasladarle de Játiva á Alcira, donde por momentos se fue agravando su estado.

Comprendiendo que estaba ya muy cercano el fin de su existencia, mandó á llamar á su hijo D. Pedro, para exhortarle á que gobernase sus reinos con justicia y moderacion, y que amase á su hermano D. Jaime que quedaba por heredero de las Baleares, el Rosellon y Montpellier, procurando llevarse bien con él.

Mandóte que prosiguiera la guerra con el infiel, y tomando la espada que tenia á la cabecera de su lecho, aquella espada que tan formidablemente habia brillado en tantos combates y que tal espanto causaba á sus enemigos, entrególa á su hijo que la recibió de rodillas, besando la débil mano que tan rico don le hacia, en medio del profundo enternecimiento de todos los circunstantes.

Después de haberse marchado el príncipe heredero en virtud de las órdenes de su padre hácia las fronteras para proseguir la guerra, hizose trasladar el monarca aragonés á Valencia, donde espiró el dia 27 de julio de 1276, después de haber reinado sesenta y tres años.

Los hijos legítimos que tuvo fueron: D. Alfonso, de su primera esposa D.^a Leonor de Castilla; D. Pedro, D. Jaime, D. Fernando, que murió muy niño, D. Sancho, que fue el arzobispo de Toledo, D.^a Violante, reina de Castilla, D.^a Constanza, esposa de D. Manuel, hermano de D. Alfonso *el Sabio*, D.^a Sancha y D.^a María, que fueron religiosas, y D.^a Isabel, reina de Francia, habidos estos en su segunda esposa D.^a Violante. Ilegítimos, tuvo: de D.^a Teresa Gil de Vidaura, á D. Jaime, señor de Exérica, y á D. Pedro, señor de Ayerbe; D. Fernan Sanchez, de una noble dama de la casa de Antillon, y otro D. Pedro.



D. ALFONSO X DESHEREDA Á SU HIJO D. SANCHO.

CAPITULO LXXVIII.

Últimos años del reinado de D. Alfonso X de Castilla.—Declara á D. Sancho, su hijo, heredero de sus reinos.—Consecuencias de este paso.—Desaciertos cometidos por D. Alfonso.—D. Sancho se alza contra él.—Abandono en que se encuentra el rey.—Llama en su ayuda á los musulmanes africanos.—Enfermedad de D. Sancho.—Fallecimiento de D. Alfonso X, llamado el Sábido.

APESAR de haber dejado el hermano mayor de D. Sancho, D. Fernando el de la Cerda, dos hijos de menor edad, que eran D. Alfonso y D. Fernando, persistió aquel en que su padre le confirmara en el título de sucesor y heredero de su reino, pues como ya tenemos indicado, muchos nobles le habían reconocido como tal.

El monarca no supo que resolver en aquella ambiciosa petición. Si accedía al deseo de su hijo, perjudicaba á sus nietos, y si mantenía los derechos de estos, iba á suscitar contra sí el enojo de su hijo y de los grandes que seguían su parcialidad.

Todavía no estaba definida la ley de sucesión á la corona, pues aun cuando el rey la había consignado en su código *Las Partidas*, no estaba dada al público.

En semejante apuro y falta de voluntad el monarca para resolver por sí lo mas acertado y equitativo, reunió su consejo, el cual mostróse tan vacilante como el mismo rey.

Un hermano de este, el infante D. Manuel, fue el que manifestó mas clara y patentemente su opinion, sentando una extraña jurisprudencia.

E si el mayor que viene del árbol fallece, deve fincar la rama de so el en somo (1), con lo que quería decir, que, cuando la rama principal de un árbol perece, debe sustituirla la que está debajo.

Esta razon fue suficiente para mover el ánimo del monarca, y convocando cortes en Segovia en 1276, hizo jurar en ellas á don Sancho por su heredero.

La reina D.^a Violante, esposa del Rey, y bajo cuya guarda estaban los hijos del infante de la Cerda, temerosa de que á sus nietos pudiese sucederles alguna cosa, marchóse secretamente á Aragón á guarecerse bajo el amparo de su hermano D. Pedro III, que por muerte de su padre D. Jaime, había heredado aquella corona.

La madre de los niños, D.^a Blanca, hija de D. Luis y hermana de Felipe el Atrevido, rey de Francia, fuese tambien con ella, y tal fue la cólera del monarca, de tal modo la ira le cegó, que sospechando que su hermano D. Fadrique y el señor de los Cameros, D. Simon Ruiz, las hubiese aconsejado semejante proceder, ordenó á su hijo D. Sancho que los prendiera y los hiciera matar, sentencia que se ejecutó inmediatamente, y con la cual arrojó sobre sí el sábio monarca una mancha indeleble.

Segun la crónica de D. Alfonso el Sábido, semejante acontecimiento tuvo lugar, «porque supo algunas cosas del infante D. Fadrique su hermano,» pero Mondejar, Zurita, Lafuente, y otros no menos ilustres autores, opinan que aquellas sentencias se ejecutaron por las razones que dejamos expuestas.

Un modesto historiador dice y nos adherimos á su opinion, que «lo único que puede atenuar algo la odiosidad de este hecho en un rey legislador, es que acaso creyera necesaria la pronta ejecucion del castigo y la omision de toda forma para evitar los disturbios que amenazaban al reino (2).»

El rey de Francia trató de hacer valer los derechos de sus sobrinos amenazando penetrar en Castilla con poderosa hueste, mas las exhortaciones del papa Juan XXI y de Nicolás III, que le sucedió, impidieron por entonces la realizacion de aquel proyecto.

Una vez espirada la tregua con el infiel, preparó D. Alfonso fuerte armada y ejército de tierra para atacar á los moros de Algeciras.

Púsose sobre la plaza y de tal manera apretó el cerco, que bien pronto los víveres escasearon en la poblacion poniéndola en grave apuro.

No era mejor tampoco la situacion de los cristianos. Agotadas sus provisiones, bajo un sol abrasador, pues la estacion se hallaba muy avanzada, desarrolláronse grandes enfermedades en el real de D. Alfonso y sus soldados sucumbían en número muy considerable.

Al saber el emperador de Marruecos, que se hallaba en Tánger, la aflictiva situacion de los cristianos, reunió apresuradamente una pequeña flota con algunas tropas de desembarque y cayendo sobre la escuadra que sitiaba á Algeciras la destruyó por completo.

Igual suerte tuvo el ejército de tierra que mandaba el infante D. Pedro.

Tal fue el éxito que obtuvo la mas importante empresa militar que intentó el rey D. Alfonso X durante su reinado.

Vióse obligado á ajustar paces con el emperador de Marruecos, y á sufrir los reproches y el disgusto de su corte, que comenzó á mostrarse ya de una manera harto ostensible.

Mientras estos acontecimientos habían tenido lugar, D. Sancho, á fuerza de dádivas y ruegos, pudo conseguir que regresara á Castilla su madre, dejando confiados sin embargo al rey de Aragón sus nietos los infantes de la Cerda.

El aragonés y D. Sancho se avistaron entre Requena y Buñol, concertando paces y quedando en buena armonía, lo que no sucedió en la entrevista que D. Alfonso y sus hijos tuvieron en Bayona con los embajadores de Felipe de Francia, en que no pudieron avenirse unos y otros.

Otra nueva entrevista tuvieron el rey de Aragón y el de Castilla

(1) Chron., de D. Alfonso el Sábido, cap. LXIV.
(2) Lafuente.—Hist. de España.—Parte II, lib. III.

después de la celebracion de los matrimonios de los dos hijos de este, D. Pedro y D. Juan, con D.^a Margarita, hija del vizconde de Narbona, el primero, y con D.^a Juana, hija del marqués de Monferratto, el segundo.

En esta nueva reunion de soberanos, ratificáronse las alianzas y pactos concertados por D. Sancho, prometiendo mutuamente prestarse ayuda contra todos sus enemigos, añadiéndose que en las condiciones secretas de estos pactos entraba la de ayudarse á conquistar el reino de Navarra, del cual se apoderaría el francés, dividiéndole entre ambos.

El infante D. Sancho, á quien convenia en gran manera que el aragonés estuviese contento á fin de que no soltara á los infantes de la Cerda, cedióle la parte que á él pudiera corresponderle en aquellos estados, si por acaso se tomaba después de la muerte de su padre. (1).

Abrióse de nuevo la guerra contra el infiel, pero con tan mala suerte como en los años anteriores. Otra vez tuvieron que ceder el campo los cristianos y esto aumentó el descontento que ya empezaba á cundir por todo el reino.

Para prestarle mayor cuerpo, en las cortes que convocó D. Alfonso en Sevilla en 1281, pidió nuevos recursos para proseguir la guerra contra los moros, mas como estaban tan empobrecidos los pueblos, propuso que se rebajara la ley de la moneda, sin que por eso se alterase su valor, y la condescendencia de las cortes, hija de una debilidad indisculpable, acabó de exasperar los ánimos.

Y por sí esto era poco todavía, desconociendo el monarca el carácter de su hijo Sancho y la crítica situacion en que se hallaba, significó mas enérgicamente su voluntad para que á su nieto, el primogénito del infante de la Cerda, que, como sabemos, estaba en Aragón, se le diera el reino de Jaen.

De una manera harto perceptible demostró su enojo D. Sancho mediando entre padre é hijo frases un tanto duras, en términos de amenazar el primero con que le desheredaria, y de contestar el segundo: *tiempo verná que esta palabra la non quisieredes haber dicho*.

Ya desde algun tiempo antes existía el desamor por parte del hijo respecto al padre, y fácil era presumir que á no tardar, esta falta de afecto se convertiría en abierta rebelion, como así sucedió.

Fácilmente se comprende que los descontentos al saber las desavenencias de padre é hijo se aprovecharon de ellas, y poniéndose de parte de este, bien pronto alzaron pendones contra el monarca que en breve espacio se vió abandonado de todo el mundo.

La reina D.^a Violante abandonó tambien al esposo por seguir el bando del hijo, y este, después de hacer alianza con el rey de Aragón y el de Portugal contando con los maestros de las órdenes y con el pueblo y la nobleza, convocó en Valladolid cortes de leoneses y castellanos en 1282, en las cuales se depuso del trono á don Alfonso, eligiendo y aclamando á D. Sancho.

Este se negó á admitir el título de rey en vida de su padre, conservando solamente el de infante heredero y regente del reino.

D. Alfonso á su vez, reunió en Sevilla su consejo y con él se presentó al pueblo; subióse á un estrado preparado convenientemente, y desde allí publicó el acta por la cual desheredaba á D. Sancho, poniéndole bajo la maldicion de Dios por impío, parricida, rebelde é inobediente (2).

Viéndose abandonado de todos D. Alfonso y reducido solamente á la ciudad de Sevilla, envió su corona al emperador de Marruecos para que sobre ella le prestase alguna cantidad á fin de procurarse soldados con quienes combatir al rebelde hijo.

El rey de los Beni-Merines vino á España como auxiliar del monarca castellano, pero presto se desavinieron, no faltando quien sospeche que la ayuda de aquel envolvía otros proyectos mas ambiciosos que, conocidos por los cristianos, les obligaron á separarse y obrar solamente por su cuenta.

Una derrota que los sublevados sufrieron en Córdoba, y la reflexión y el tiempo obrando de consuno, hicieron que muchos caballeros, los dos hermanos de D. Sancho, los infantes D. Pedro y D. Juan, la reina D.^a Violante, y varias villas y ciudades se tornasen á la obediencia del legítimo rey.

Por entonces sufrió D. Sancho una terrible enfermedad en Salamanca, de la cual creyóse que fallecería, por cuyo motivo aumentaron las deserciones en su campo.

Al saber el monarca el desesperado trance en que se hallaba su hijo, tuvo un gran pesar, que, aun cuando tantas pesadumbres le diera, no podía prescindir de que era su hijo y de que le había amado mucho.

Pero contra todos los cálculos sanó el príncipe, mientras que los disgustos mas que los años, hacían enfermar al rey D. Alfonso, en términos que en breves dias desesperóse de su existencia.

En el mes de abril de 1284 falleció D. Alfonso á los 62 años de edad, desapareciendo con su muerte el obstáculo que se opusiera á la gran ambicion que devoraba el insaciable corazon de su hijo Sancho.

(1) Zurita.—Anales, lib. IV.
(2) Archivo de la Corona de Aragón.—Zurita.—Anales, lib. IV, cap. XI.



CORONACION DE D. PEDRO DE ARAGON POR REY DE SICILIA.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26